

# ME LO LLEVARÉ A LA SEPULTURA

— 1 —

*Laura Alcoba, Mario Bellatin, John M. Coetzee,  
Nicholas Jose, Santiago Loza, Lina Meruane,  
Minae Mizumura, Giovanna Rivero, Sérgio Sant'Anna*



**MALBA**

# ME LO LLEVARÉ A LA SEPULTURA

Desde el año 2001, a través del departamento de Literatura, el museo Malba lleva a cabo actividades orientadas al estudio y la difusión de la literatura contemporánea, así como también a la recuperación de libros y autores del pasado a través de diversas acciones y en colaboración con editores, gestores independientes, bibliotecas y universidades

Esta colección de historias responde a una convocatoria a escritores de diversas generaciones realizada en el marco de la exhibición *Memorias imborrables: Una mirada histórica sobre la Colección Videobrasil*, inaugurada el 25 junio de este año, a partir de una consigna simple: evocar un acontecimiento histórico (de pequeña o gran envergadura) del que hayan sido protagonistas.

En cuanto a la extensión y la forma, los textos tienen entre una línea y una página y han sido publicados en el idioma en que han sido escritos, acompañados por una traducción al español o el inglés, en los casos en que así lo requiera. Joe Brainard, el artista y escritor estadounidense que publicó en 1970 *I remember*, un libro compuesto por una lista de recuerdos de su vida infantil y adulta, fue una de las referencias ineludibles para la consideración de esta colección de recuerdos. Asimismo el escritor francés Georges Perec, también simpatizante de los inventarios, quien hizo célebre esta forma literaria de recordar en su libro *Je me souviens*, de 1978. Después de él, fueron muchos los que recurrieron a esta forma breve de la autobiografía.

Las historias de *Me lo llevaré a la sepultura* son recuerdos privados pero también políticos y sociales. Dividos en tres volúmenes, cubren un amplio arco temporal y geográfico, y hablan tanto de la crisis de los misiles soviéticos o la llegada a la presidencia de Evo Morales, como de un atentado de ETA. Ordenados a partir del fechado que los mismos recuerdos sugieren, estos no se circunscriben a una cultura o un período determinado, sino que varían en relevancia y pertinencia, como lo hacen nuestros propios recuerdos.

**MALBA**

— 07 —

MINAE MIZUMURA  
Japón

— 11 —

SÉRGIO SANT'ANNA  
Brasil

— 15 —

JOHN M. COETZEE  
Sudáfrica

— 19 —

SANTIAGO LOZA  
Argentina

— 23 —

LINA MERUANE  
Chile

— 27 —

NICHOLAS JOSE  
Australia

— 31 —

MARIO BELLATIN  
México

— 35 —

LAURA ALCOBA  
Francia

— 39 —

GIOVANNA RIVERO  
Bolivia

— 05 —

## MINAE MIZUMURA

Nació en Tokio en 1951.

A los doce años se mudó con su familia a Nueva York y estudió literatura francesa en la Universidad Yale. Cuando terminó su carrera, se instaló nuevamente en Japón y se dedicó a escribir ficción.

*Una novela real* es su primera novela editada en castellano.

Fue publicada originalmente en Japón en 2002 y recibió el premio Yomiuri, uno de los mayores reconocimientos literarios de Japón, otorgado anteriormente a Kenzaburo Oé y a Yukio Mishima.

**To Die in a Country that Barely Knows Itself**

For a little Japanese girl born just as the American occupation was ending, nothing was simpler than understanding her country's history. Forget the details. All she had to know was that her country's past was divided into two periods, the bad and the good, or *before* the War and *after* the War. She was told that things had been terrible in her country before the War. Naturally, the War itself had been terrible. And her people too had been terrible—so terrible in fact that they deserved all they got, including the Little Boy in Hiroshima and the Fat Man in Nagasaki which had thankfully put an end to their folly. She was grateful to be born after the War, knowing that the dark days—the unenlightened days—were finally over and that from now on everything could only be more and more wonderful. “Feudal” was the word learned adults used to disparage each and every vestige from their past, and the whole country happily bade farewell to “feudal” this and “feudal” that. A bowl of rice was feudal; it must be substituted by slices of bright white bread which everyone knew made you smarter. Bean cakes were feudal; they must be taken over by fluffy and creamy cakes which everyone knew made you stronger. Tofu-sellers must disappear because you should be eating steaks instead. Futon should be replaced by beds. Kimono should be replaced by dresses and pants. Chinese characters should be replaced by phonetic signs. Maybe in a decade or two, the Japanese people will be just as smart and strong as the Americans.

This August marks the seventieth year after Japan entered this blissful historical stage. Seventy years is a long time. The little girl born after the War is now a woman approaching the winter years of life. Not surprisingly, she, along with some others in her country, is finally beginning to realize that something went terribly amiss as they happily got rid of their past. Yet, alas, all is too late. They are now left with a country that barely knows itself, a country that barely has any history. How sad that this should be the realization and the knowledge she must take to her grave.

**Morir en un país que apenas se conoce a si mismo**

Para una niña japonesa que nació justo después de que terminara la ocupación americana, nada era más sencillo que entender la historia de su país. Olvídense de los detalles. Todo lo que tenía que saber era que el pasado de su país estaba dividido en dos períodos, el bueno y el malo, o *antes* de la Guerra y *después* de la Guerra. Le contaron que las cosas habían sido terribles en su país antes de la Guerra. Naturalmente, la Guerra en sí había sido terrible. Y su pueblo también se había comportado de forma terrible, tan terrible que de hecho merecían lo que obtuvieron, incluyendo el Little boy en Hiroshima y el Fat man en Nagasaki que afortunadamente habían puesto fin a toda esa locura. Estaba agradecida de haber nacido después de la Guerra, sabiendo que los días oscuros – los días sombríos- habían terminado y que de allí en más todo iría cada vez mejor. “Feudal” es la palabra que usaron los adultos educados para desdeñar cada uno de los vestigios de su pasado, el país entero le daba alegremente la despedida a la “feudal” esto y el “feudal” aquello... Un bowl de arroz era considerado feudal, y debía ser reemplazado por brillantes rebanadas de pan blanco que como todos sabían, te hacía más inteligente. Los budines de arvejas eran feudales, debían ser reemplazados por cremosas y esponjosas tortas que como todos sabían te hacían más fuerte. Los vendedores de Tofu debían desaparecer porque debías comer bistec en su lugar. El futon debía ser reemplazado por la cama. El kimono por los pantalones y los vestidos. Los caracteres chinos debían ser reemplazados por signos fonéticos. Tal vez en una década o dos, los japoneses alcanzaríamos a ser tan inteligentes y fuertes como los Americanos.

Este agosto se cumplen 70 años del ingreso de Japón a este dichoso estadio histórico. Setenta años es mucho tiempo. La niña que nació después de la Guerra es ahora una mujer aproximándose al invierno de su vida. Sin sorpresa, ella, como algunos otros en su país, está finalmente comenzando a comprender que algo terriblemente ominoso estaba ocurriendo mientras ellos se deshacían alegremente de su pasado. Y ahora, claro, es demasiado tarde. Han sido abandonados con un país que apenas se conoce a sí mismo, un país que apenas tiene historia. Qué triste es que sea este saber el que ella deba llevar a la sepultura.

## SÉRGIO SANT 'ANNA

Nació en Río de Janeiro en 1941.

Tiene más de dieciocho libros publicados y textos traducidos en más de 15 países. Entre sus libros editados en Argentina se encuentran *Un crimen delicado* y *El monstruo*. Es escritor de ficción, pero también ha trabajado en teatro y publicó alguna poesía. Cinco de sus libros fueron adaptados al cine, siendo la última *El Gorila*, dirigida por José Eduardo Belmonte, que llegó a los cines de Río de Janeiro y San Pablo en junio de este año 2015.

Ha sido becado por el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de París y participó del International Writing, en la Universidad de Iowa, EE.UU.

## Um tiro no coração

Mesmo vivendo no Rio de Janeiro, em 1954, meus pais me mantinham interno no Colégio São José, dos irmãos maristas, no bairro de Tijuca, na mesma cidade. O Brasil vivia uma crise quase sem precedentes, depois que um major da aeronáutica foi morto num atentado contra o político Carlos Lacerda, maior inimigo do presidente Getúlio Vargas.

As investigações, coordenadas pela Aeronáutica, chegaram a Gregório Fortunato, guarda-costas de Getúlio. A oposição conspirava para derrubar o presidente e corria pela cidade a notícia de que Getúlio seria levado a depor numa base da Força Aérea, suprema humilhação.

Na madrugada de 24 de agosto, após uma reunião com seus principais colaboradores, em que Getúlio mais ouviu do que falou, ele se recolheu a seu quarto. Lá redigiu uma carta-testamento e, logo depois, ouviu-se um tiro que ecoou por todo o palácio de Catete. Correram ao seu quarto e lá estava Getúlio morto, com um revólver junto ao coração.

Em toda a cidade corriam rumores de que haveria um enfrentamento entre os partidários de Vargas e seus inimigos, todos militares. No colégio marista a excitação era grande, pois os irmãos não puderam esconder dos alunos, por muito tempo, o suicídio do presidente. Também não queriam ficar com os alunos, no caso de uma revolta sangrenta. Então mandaram que cada um telefonasse a seus pais, para virem buscá-lo e levá-lo para casa.

O único telefone era na portaria do colégio. Quando chegou a minha vez, no meio da manhã do dia 24, simplesmente fingi que telefonava e disse ao porteiro que meus pais me autorizaram a sair sozinho. Ele acreditou.

Cruzei as portas do internato, desci sua longa escada e falei ao encarregado do portão de ferro para a rua que estava autorizado a ir embora sozinho. Ele também acreditou.

Saí para a rua e peguei um ônibus para Botafogo, bairro onde morava, bem distante da Tijuca. Durante todo o trajeto vi tanques na rua e soldados entrincheirados. Não senti qualquer medo mas somente uma grande excitação, euforia mesmo, por estar presenciando aqueles acontecimentos. Mas nenhum tiro foi disparado.

Ao chegar em casa, levei uma grande descompostura de meus pais, mas sem que eu escondesse a minha alegria, sabendo que teríamos alguns dias de férias, até as coisas se acalmarem. Minha mãe era lacerdista e fanaticamente anti-getulista, meu pai se mantinha numa atitude de cautela. E eu? Eu não era nada, apenas um garoto que acabara de viver uma aventura.

## Un tiro en el corazón

Aunque vivían en Río de Janeiro, en 1954, mis padres me mantenían interno en el Colegio San José, de los hermanos maristas, en el barrio de Tijuca, en la misma ciudad. Brasil vivía una crisis sin precedentes, después de que mataron a un mayor de la Fuerza Aérea en un atentado contra el político Carlos Lacerda, el mayor enemigo del presidente Getulio Vargas.

Las investigaciones, coordinadas por la Fuerza Aérea, llegaron a Gregorio Fortunato, guardaespaldas de Getulio. La oposición conspiraba para derrocar al Presidente y corría por la ciudad la noticia de que Getulio sería llevado a declarar en una base militar, suprema humillación.

En la madrugada del 24 de agosto, luego de una reunión con sus principales colaboradores, en la que Getulio tuvo que oír más que hablar, se retiró a su dormitorio. Allí redactó una carta-testamento y, en seguida, se escuchó un tiro que sonó en todo el Palacio de Catete. Corrieron a su cuarto y allí estaba Getulio muerto, con un revolver junto al corazón.

En toda la ciudad se oían rumores de que habría un enfrentamiento entre los partidarios de Vargas y sus enemigos, todos militares. En el colegio marista había mucha excitación, pues los hermanos no pudieron esconderles a los alumnos, por mucho tiempo, el suicidio del Presidente. Tampoco querían estar con los alumnos, en el caso de una revuelta sangrienta. Entonces nos ordenaron llamar a nuestros padres para que nos vinieran a buscar y nos llevaran a casa.

El único teléfono estaba en la portería del colegio. Cuando me llegó el turno, a media mañana del día 24, simplemente fingí que llamaba y le dije al portero que mis padres me habían autorizado a salir por mi cuenta. Él se lo creyó.

Crucé las puertas del internado, bajé las largas escalinatas y le dije al encargado del portón de hierro que da a la calle que me habían autorizado a salir solo. Él también se lo creyó.

Salí a la calle y tomé un ómnibus a Botafogo, el barrio en que yo vivía, bien lejos de Tijuca. Durante todo el trayecto vi tanques en la calle y soldados atrincherados. No sentí nada de miedo pero sí una gran excitación, euforia en realidad, por estar presenciando esos acontecimientos. Pero ni un tiro fue disparado.

Al llegar a casa, mis padres me retaron en grande, pero no escondí mi alegría, sabiendo que tendríamos algunos días de vacaciones hasta que se calmaran las cosas. Mi madre era lacerdista y fanáticamente anti-getulista, mi padre se mantenía en una actitud de cautela. ¿Y yo? Yo no era nada, apenas un muchachito que acababa de vivir una aventura.

## JOHN M. COETZEE

Nació en Ciudad del Cabo en 1940 y vive en la ciudad de Adelaida, Australia. Tiene más de veinte libros publicados que incluyen novelas como *Elisabeth Costello*, *Infancia*, *Juventud*, *Verano* y *Diario de un mal año* y libros que recogen su obra ensayística como lingüista y crítico literario. En 2003 fue reconocido con el Premio Nobel de Literatura y en dos ocasiones le fue concedido el Booker Prize, el premio más prestigioso de la literatura en lengua inglesa.

I left South Africa in 1962 and moved to London. I wanted nothing more to do with the land of my birth. I wanted to live in a great world city, to be a poet, to experience the agony and the ecstasy that were reputed to be part of a poet's life.

London was cold and unwelcoming. The newspapers wrote of the threat of war. The Americans had sited ballistic missiles in Turkey, pointing at Moscow. Now the Russians were siting their own missiles in Cuba, pointing at Washington. The air was full of charges and countercharges, threats and denunciations.

Britain had its own squadrons of nuclear bombers ready to strike Russia. Therefore if hostilities commenced, the Russians would at once strike Britain. The island would be wiped off the map. I, a youth from the far South who had no part in this Northern bellicosity, would be annihilated along with all the poems I had not yet written.

Led by the ageing philosopher Bertrand Russell, tens of thousands of British people marched in the cause of peace and disarmament. They were mocked in the media. I went to a rally in Trafalgar Square in the heart of London. It was the first rally I had been to in my life: in South Africa all political demonstrations were banned.

The skies over London were grey, the crowd was sombre. We could die tomorrow, we could die today. We would not even hear our death coming. There would be a great flash of light and that would be the end.

Dejé Sudáfrica en 1962 y me mudé a Londres. Quería cortar toda relación con mi tierra natal. Quería vivir en una ciudad del mundo, ser poeta, experimentar la agonía y el éxtasis que se suponía formaban parte de la vida de un poeta.

Pero Londres era frío y hostil. Los periódicos anunciaban la amenaza de la guerra. Los americanos habían instalado misiles nucleares en Turquía, apuntando a Moscú. Ahora los rusos estaban instalando sus propios misiles en Cuba, apuntando a Washington. El aire estaba cargado de marchas y contramarchas, amenazas y denuncias.

Gran Bretaña tenía sus propios escuadrones de bombas nucleares listos para atacar Rusia. Por lo tanto, si las hostilidades se desataban, los rusos inmediatamente atacarían Gran Bretaña. La isla sería borrada del mapa. Yo, un joven del lejano Sur que nada tenía que ver con esta belicosidad del Norte, sería aniquilado junto con todos los poemas que aún no había escrito.

Liderados por el anciano filósofo Bertrand Russell, decenas de miles de británicos marcharon por la paz y el desarme. Fueron ridiculizados en los medios. Me dirigí a una de las concentraciones en Trafalgar Square, en el corazón de Londres. Era la primera manifestación en la que participaba en mi vida: en Sudáfrica todas las manifestaciones políticas estaban prohibidas.

Los cielos sobre Londres estaban grises, la multitud era sombría. Podíamos morir mañana, podíamos morir hoy mismo. Ni siquiera seríamos capaces de escuchar nuestra muerte llegar. Habría un gran destello de luz y ese sería el final.

## SANTIAGO LOZA

Nació en Córdoba en 1971.

Es dramaturgo, director de cine y teatro. Como dramaturgo, ha sido destacado con los premios Teatro XXI y Trinidad Guevara, y nominado en varias oportunidades a los premios Florencio Sánchez, María Guerrero y Teatro del Mundo. Como director cinematográfico, participó en numerosos festivales nacionales e internacionales: Cannes, Locarno, Berlín, San Sebastián, Londres, entre otros. Creó la serie de ficción *Doce casas*. *Historia de mujeres devotas*, emitida por la TV Pública.



El primer recuerdo que tengo es el día en que se murió Perón.

Yo estaba en el patio, apenas había cumplido tres años. Jugaba con un muñeco en forma de perro, peluche marrón oscuro, símil caniche. Tuve a esa mascota durante años... (hasta los siete o más, donde me la quitaron o escondieron, pero esa es otra historia). Fuimos inseparables. Está conmigo en ese, mi primer recuerdo.

Sentados en el patio del fondo, era el invierno y creo que había sol. La siesta probablemente. Había pasto escaso y amarillo.

Mi hermana más grande, Carolina, estaba con su mejor amiga Mariela (que muchos años después se casó con un delincuente, se puso muy gorda y al final padeció un cáncer fulminante).

Ellas jugaban al elástico. Misteriosamente no estaban en clase.

Mi recuerdo es difuso.

Estamos los tres (los cuatro contando mi perro) en ese patio invernal, de provincia seca y desesperanzada. Y mi hermana me cuenta que ha muerto Perón. Creo que ahí descubrí el asombro. No entendía bien de qué se trataba la muerte (tampoco sé si ahora lo comprendo); pero la muerte de Perón me resultaba imposible.

Perón no se muere. Traté a mi hermana de mentirosa, pero ella y su amiga juraron y perjuraron que decían la verdad. Perón había muerto ese día.

No creo que entendiera a mis tres años la importancia histórica de Perón. Dudo saber quién era. Pero, mi primer recuerdo, es peronista.

Es un misterio el por qué la noticia tuvo ese primer impacto. Perón no era querido en mi familia. Era motivo de insulto de padres y abuelos.

A los tres años, intuí que había seres que no morirían nunca. Lo supe con Perón, sin saber de quién se trataba. La muerte de Perón entró a mi parte no consiente. A mi memoria más remota. El primer asombro. La primera noticia de la muerte.

## LINA MERUANE

Nació en Santiago de Chile en 1970.

Es narradora y ensayista. Su obra de ficción incluye la colección de relatos *Las Infantas* y las novelas *Fruta Podrida* y *Sangre en el Ojo*. Es autora del ensayo *Viajes Virales*, de la crónica *Volverse Palestina* y de la diatriba *Contra los Hijos*. Ha recibido los premios Sor Juana Inés de la Cruz (México 2012) y Anna Seghers (Berlín 2011), entre otras distinciones.



Chile

### Mañanas

Recuerdo haberme metido a la cama de mi madre, un sábado o tal vez un domingo. Recuerdo las sábanas floreadas bajo gruesas frazadas hechas para durar. Recuerdo que mi madre llevaba su mañanita de lana, esa maraña de agujeros por donde se colaba el frío que humedecía la casa. (La estufa a parafina se prendía sólo un par de horas por las noches pero nadie se quejaba, en esas madrugadas glaciales apuntábamos las palabras de aire caliente que surgían, vaporosas, de nuestros pulmones). Estábamos hechos para esos fríos feroces: a mi madre le bastaba su mañanita tejida sobre esos brazos flacos que levantaba para leer un diario enorme y lleno de mentiras, de omisiones. Debía ser 1977 o 1978 (el mes es otra omisión en mi memoria de entonces). Recuerdo el brillo de la bandeja de lata, las dos tazas ya vaciadas de té con leche, migas de pan sobre un plato. Recuerdo que mi padre entró a la pieza vestido entero de verde militar, calzado con gruesos bototos negros talla 45 que ahora me pregunto dónde podían haber encontrado, para él, en ese Chile de hombres famélicos. Recuerdo haber preguntado por qué llevaba ese uniforme pero no de dónde lo había sacado. Recuerdo que la respuesta seca, de mi madre (escudada tras el diario) fue que tenía entrenamiento. Mi madre se tragó la palabra que faltaba pero yo había comprendido. Si estallaba la guerra lo mandarían al frente, a hacer el servicio militar que mi padre nunca había hecho. Mi padre había estudiado medicina, en vez. Mi padre trabajaba ahora en uno o dos hospitales, hacía turnos dos o tres noches a la semana, atendía media consulta privada y casi no nos hablaba porque ese esfuerzo adicional le resultaba excesivo. Mi padre ahora se estaba preparando para atender heridos en la contienda. La guerra, tan cerca. Recuerdo haber imaginado que el frente estaba a apenas dos horas de distancia, en la cima de la cordillera nevada que compartíamos con Argentina. No sé por qué creí durante años que en las altas cumbres ardía la posibilidad de ese litigio, no en los islotes del sur. Quizás en el mapa mental de mis siete u ocho años cimas e islas eran una misma cosa llamada guerra, llamada muerte. Sé que mi padre volvió a vestirse de verde a lo largo de los meses y que yo no volví a preguntar por ese enfrentamiento de dictadores

## NICHOLAS JOSE

Aunque de padres australianos nació en Londres en 1952  
y se crió en Adelaida, al sur de Australia.

Es novelista, ensayista y dramaturgo. Publicó las novelas  
*Avenue of Eternal Peace*, *The Custodians* y *Rostro original*  
(*Original face*), publicado en Buenos Aires en 2014.

Es docente de la Universidad de Western Sydney,  
Bath Spa y Adelaida.

I will never forget Beijing in June 1989. I had visited Tiananmen Square most days over the previous weeks and months, as the protests grew and the atmosphere changed from uncertain to festive and defiant. At its height, a million citizens gathered there. When martial law was eventually declared and the prospect of violent force became real, to be used against the people, the mood changed from pride to despair. Walking away down the old street by the walls of the Forbidden City, where China's rulers have always lived, I heard a group of girls cry out, 'Our movement is defeated! Our movement is defeated!' Then a ninety-five year old woman, who had lived through China's regime changes, from the Empress Dowager on, commented sharply that in a crisis the government always made the wrong decision.

A few days later, after the army had stained the Square with innocent blood, I was driving a friend of mine through the city at night. He was a thinker who had articulated and inspired the ideals of this democracy movement and now, for his role in trying to stop the tanks from crushing the demonstrators, he was on a black list. We drove to the Australian embassy where he could seek refuge. But at the gate he shook my hand and said his choice was to stay in China. He ran across the road in the darkness to join some Chinese friends. Not long after, a call came from his terrified girlfriend to say that he had been caught. He would be imprisoned and beaten up, and not released for many months. He has continued to act with courage. He is in jail again, still, in China today, even after winning the Nobel Peace Prize for 2010. I will never forget that moment of his choice and decision. I was thirty-six then and not long after noticed my first grey hair.

Nunca me olvidaré de Beijing en junio de 1989. Había visitado Tiananmen Square la mayor parte de los días durante las semanas y los meses previos, mientras las protestas crecían y la atmósfera cambió de incierta a festiva y desafiante. A esa altura, un millón de ciudadanos se encontraban allí. Cuando finalmente se declaró la Ley Marcial y la posibilidad del uso de la violencia se hizo real, para ser utilizada contra los manifestantes, el humor viró del orgullo a la desesperación. Mientras caminaba a través de la calle antigua que recorría los muros de la Ciudad Prohibida, donde siempre residieron los líderes chinos, escuché a un grupo de muchachas gritar: "¡Nuestro movimiento está derrotado! Nuestro movimiento está derrotado!". Luego una mujer de 95 años de edad, que había vivido los cambios de régimen en China desde la viuda del Emperador en adelante comentó que en momentos de crisis el gobierno siempre había tomado la decisión incorrecta.

Algunos días después, luego de que el ejército había regado la plaza de sangre inocente, yo conducía de noche a un amigo por la ciudad. Se trataba de un pensador que había articulado e inspirado los ideales de este movimiento democrático y ahora, a causa de haber intentado evitar que los tanques atropellaran a los manifestantes, estaba en una lista negra. Nos dirigíamos a la Embajada de Australia adonde él podría solicitar asilo. Pero al llegar a la puerta me dio la mano y me dijo que había decidido quedarse en China. Cruzó la calle corriendo en la oscuridad y se reunió con algunos amigos chinos. Poco tiempo después recibí un llamado de su novia aterrorizada para contarme que había sido capturado. Él iba a ser encarcelado y golpeado y mantenido bajo arresto por muchos meses. Pero él siguió actuando con mucha valentía. Está preso de nuevo hoy, todavía, en China, incluso después de haber ganado el Premio Nobel de la Paz en 2010. Nunca voy a olvidar el momento de su elección y decisión. Yo tenía 36 años en esa época y al poco tiempo descubrí mi primera cana.

## MARIO BELLATIN

Nació en México en 1960.

Ha publicado numerosas novelas y libros entre los que se encuentran *Salón de belleza*, *La escuela del dolor humano de Sechuán*, *Perros héroes*, *La condición de las flores* y *La biografía ilustrada de Mishima*.

También llevó adelante distintos proyectos que parecen tener la misma fuerza que las obras como la Escuela Dinámica de Escritores, las películas *Salón de Belleza* y *Bola Negra* y proyectos editoriales utópicos como *Los cien mil libros de Mario Bellatin*.



México

### El Pago por Ser

Como nunca antes había hecho una película, el día que tuve la oportunidad de dirigir un largometraje quise llevar las cosas al límite. El filme trataba de algo relacionado con las Muertas de Juárez, y mientras filmábamos advertimos que del otro lado del muro fronterizo los guardias norteamericanos eran los únicos testigos de las atrocidades sin hacer nada para impedirlos. Queriendo saber cuál era su grado de operación le sugerí al camarógrafo saltar el muro y entrar corriendo en tierra extranjera a ver qué sucedía. Yo había detectado como a un kilómetro de distancia una camioneta de la guardia fronteriza, tendríamos tiempo de volver a saltar el muro en caso de que reaccionara. Hacia el otro lado todo era desierto. Hicimos lo planificado, se supone que filmando nuestra osadía, y mientras corríamos oímos unos disparos y al resto del grupo que se había quedado en el lado mexicano gritando que volviéramos. De la nada había aparecido otra Border Patrol, que no solo nos disparaba sino que estaba ya casi encima de nosotros. Ignoro cómo pudimos saltar el muro nuevamente y ver atrás cómo las camionetas se juntaban segundos después en el lugar donde habíamos estado. Recuerdo que comenzamos, desde el lado mexicano a hacer señas obscenas a los vidrios polarizados de los vehículos. Cuando intentamos ver las tomas advertimos que producto del terror nada había sido filmado. Luego me enteré de las torturas a las que someten a quienes son atrapados realizando una acción semejante, aparte de ser colocado en una nómina de terrorista internacional. ¿Qué había estado buscando con una ocurrencia semejante? ¿Encontrar quizá por medio del peligro legitimar un arte que no me correspondía? Un pago, que vemos con frecuencia, son capaces de llevar a cabo quienes no pertenecen. Ya no sólo aceptar las humillaciones a las que estamos acostumbrados a ser testigos sino incluso dar el futuro o la vida con tal de hacer pasar lo falso por verdadero. Hasta el día de hoy, cada vez que cruzo migración por algún aeropuerto norteamericano siento el temor de ver aparecer en la pantalla del supervisor el video de las muecas absurdas y grotescas hechas a una camioneta blindada. Acto seguido me imagino metido en una mazmorra pagando la culpa de querer ser lo que no soy.

## LAURA ALCOBA

Nació en La Plata, Argentina, en 1968.

A sus diez años se mudó con su familia a París, Francia.

Se licenció en letras en l'École Normale Supérieure,  
y actualmente es editora y traductora en Francia.

Ha escrito las novelas *La casa de los conejos*, *Jardín blanco*,  
*Los pasajeros del Anna C* y *El azul de las abejas*.

Las cuatro fueron publicadas originalmente en francés.  
Su obra se tradujo al alemán, el inglés, el serbio, el italiano  
y el catalán.

**Je me souviens**

J'étais chez moi, à Paris, en compagnie d'un vieux professeur de littérature. Nous parlions de La Dorotea de Lope de Vega – de la place que tient la musique dans le roman, du langage amoureux du corps. Du regard et de tout ce qui se dit souvent entre les lignes, dans les bulles de silence, quand les objets et les gestes prennent le relais des mots. En fait, c'était surtout lui qui parlait – moi, je prenais des notes, consciencieusement, redevenue étudiante face à lui, impressionnée par l'érudition de l'homme qui était devant moi.

Soudain, un ressort a lâché sous le fauteuil où il était assis. Puis un autre, produisant un bruit métallique et sourd à la fois, comme la corde d'une contrebasse qui se serait brisée d'un coup. Je n'ai pas osé l'interrompre – mais tandis qu'il continuait à parler, je voyais des ressorts et des fils de crin végétal tomber en masse sur le sol. Un bout de toile sale et usé s'est alors détaché, emportant avec lui quelques clous rouillés, et le vieux fauteuil a fini par vomir tout son rembourrage. Je me souviens d'avoir vu le célèbre professeur s'enfoncer, comme si sous lui tout se dégonflait. Cette fois, j'ai vraiment failli lui dire quelque chose – mais je suis restée muette, le regard rivé sur le fauteuil qui se vidait. Une fois notre entretien terminé, il s'est levé et je l'ai reconduit jusqu'à l'entrée. Il ne s'est pas rendu compte qu'après son passage le siège était totalement éventré. Je me souviens d'avoir pensé à un vieux dessin animé, Mister Magoo, tandis que je refermais la porte derrière le professeur.

Lorsqu'il est parti, j'ai allumé la radio dans la cuisine – j'ai mis France Inter. J'avais beaucoup de mal à comprendre de quoi on parlait. J'ai cru à un moment à une fiction radiophonique. Mais j'ai fini par réaliser que non, que les mots de la radio n'étaient pas ceux d'une fiction – alors j'ai allumé la télé et suis restée immobile, de longues minutes, devant l'écran, près du fauteuil éventré. C'était le 11 septembre 2001.

**Me acuerdo**

Estaba en mi casa, en París, en compañía de un viejo profesor de literatura. Hablábamos de La Dorotea de Lope de Vega – del lugar que ocupa la música en la novela, del lenguaje amoroso del cuerpo. De la mirada y de todo lo que se dice a menudo entre líneas, en las burbujas de silencio, cuando los objetos y los gestos toman el relevo de las palabras. En realidad, era él el que hablaba – yo tomaba notas, minuciosamente, volvía a ser estudiante frente a él, impresionada por la erudición del hombre que tenía delante de mí.

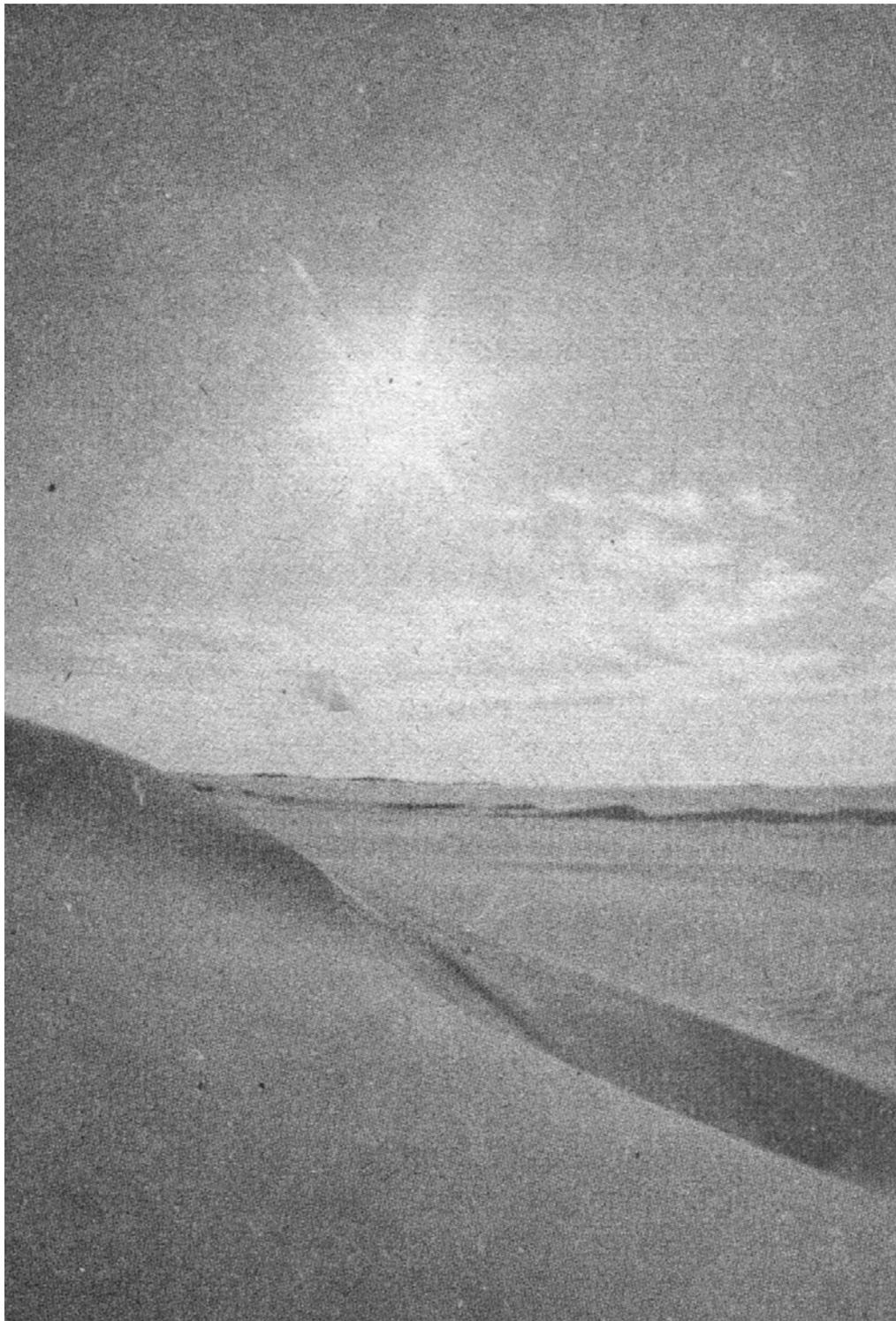
De repente, se soltó un resorte en la parte inferior del sillón en el que estaba sentado. Luego otro, produciendo un ruido metálico y sordo a la vez, como la cuerda de un contrabajo que se hubiera roto de golpe. No me atreví a interrumpirlo – pero mientras él seguía hablando, yo veía resortes e hilos de crin vegetal caer en masa al suelo. Un trozo de tela sucia y gastada se despegó entonces, llevándose consigo algunos clavos oxidados, y el viejo sillón terminó vomitando todo su relleno. Recuerdo haber visto al célebre profesor hundirse, como si todo se desinflara debajo de él. Esta vez, estuve a punto de decirle algo – pero permanecí muda, con la mirada fija en el sillón que se iba vaciando. Una vez terminada nuestra entrevista, se levantó y lo acompañé hasta la entrada. No se dio cuenta de que tras su paso el asiento había quedado destripado. Mientras cerraba la puerta detrás del profesor, recuerdo haber pensado en un viejo dibujo animado, Mister Magoo.

Cuando se fue, encendí la radio en la cocina – puse France Inter. Me costaba mucho entender de qué hablaban. Por un momento creí que era una ficción radiofónica. Pero terminé percatándome de que no, las palabras de la radio no eran las de una ficción – entonces encendí la tele y me quedé inmóvil, largos minutos, frente a la pantalla, cerca del sillón destripado. Era el 11 de septiembre de 2001.

## GIOVANNA RIVERO

Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1972.

Es escritora y actualmente concluye un doctorado en literatura hispanoamericana en la Universidad de Florida. Sostiene una columna quincenal en el diario boliviano *El Deber*. Ha publicado las colecciones de relatos *Contraluna*, *Sangre Dulce*, y las novelas *Las camaleonas*, *Tukzon, historias colaterales* y *Helena 2022: La vera crónica de un naufragio en el tiempo*. Participó del International Writing Program en la Universidad de Iowa, EEUU.



Esa noche el cielo estaba limpio, tan limpio que si uno se hubiese puesto a buscar pretextos místicos habría encontrado en ese paisaje estelar infinitas señales de eso que estaba sucediendo y que se prefiguraba como un nuevo advenimiento. Era la noche del 18 de diciembre de 2005 y en la casa de mis padres todavía nos recuperábamos de la derrota que papá había sufrido, que todos habíamos sufrido, un año antes, durante las elecciones municipales de nuestro pueblo, en las que papá se había presentado como un candidato independiente. Estoy segura de que hubiera sido un gran alcalde. Pero la historia tiene sus propios flujos y sus propios karmas. En ese momento, el de la derrota, no supimos ver la señal mística o histórica o provinciana: las formas de la esperanza política habían mutado, emergían desde profundidades ancestrales y exigían una materialización distinta, casi futurista.

Me acuerdo que no habíamos armado el arbolito navideño porque no se nos antojaba celebrar nada. Sin embargo, recuerdo que pensé que estar juntos ahí, en la intemperie del patio, bajo ese cielo tan premonitorio, esperando los resultados finales de la votación democrática que la tele iba anunciando en fragmentos cada vez más atónitos, era suficiente. La felicidad se trataba de esa vieja y sentimental fórmula: “juntos, en las buenas y en las malas”.

Yo acababa de divorciarme y volvía a ser una hija.

Mamá trajo limonada cuando la tele anunciaba que Evo Morales había ganado la presidencia con el 54% de la votación. Recuerdo que los hielos de la jarra tintinearón contra el aluminio. No sé si papá se alegró –no habíamos votado por ese movimiento que avanzaba como una mutación incontenible–; en todo caso, dijo: “elay, a ver si así aprenden”. Miré a mis hijos, chiquititos todavía, y supe que no eran ellos los que tenían aprender. La historia enseña al revés.

En alguna calle lejana reventaron cohetes. Y quizás fue eso, o el estar tan intensamente vivos mientras las cosas cambiaban, lo que nos puso contentos. Recuerdo que enfocaron al Evo de perfil y a mí se me ocurrió que mamá podría vender, en su boutique, camisetas negras con el rostro indígena en colores alucinantes, tipo la sábana de la Verónica. Repudié mi fantasía pop y volví a prestar atención a la charla de papá que despertaba de un largo dolor. “Qué curioso que te vayas a ir cuando esto se pone de lo más interesante”, dijo, apretándome la mano. Y yo, a pesar de esa felicidad incomprensible, me acuerdo que sentí miedo de morir, de que él muriera, aunque irónicamente también pensé que podría morirme allí mismo, y que todo estaría bien.

MALBA Fundación Costantini agradece a Laura Alcoba, Mario Bellatín, John M. Coetzee, Nicholas Jose, Santiago Loza, Lina Meruane, Minae Mizumura, Giovanna Rivero y Sérgio Sant'Anna por su generosa participación en este volumen.

EDICIÓN: Magdalena Arrupe

MALBA LITERATURA  
Coordinadora: María Soledad Costantini  
Programación: Magdalena Arrupe, Carla Scarpatti

TRADUCCIONES  
Del francés: Agustina Blanco  
Del portugués: Ivana Ruiz  
Del inglés: MALBA Literatura

DISEÑO: Bruno Fernández  
ILUSTRACIONES: Gustavo Eandi

©MALBA Fundación Costantini, 2015  
*Me lo llevaré a la sepultura*, Volumen 1, Julio 2015.

Reservados todos los derechos de esta edición.

De los textos © Minae Mizumura, 2015 © Sérgio Sant'Anna, 2015  
© John M. Coetzee, 2015 © Santiago Loza, 2015 © Lina Meruane, 2015  
© Nicholas Jose, 2015 © Mario Bellatín, 2015 © Laura Alcoba, 2015  
© Giovanna Rivero, 2015



**Fundación Costantini**  
Museo de Arte Latinoamericano  
de Buenos Aires